

La belleza de las obras de misericordia en lienzo y madera: El Hospital de la Santa Caridad de Sevilla

Manuel Jesús Roldán Salgueiro

Historiador y escritor

“Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fui forastero, y me recibisteis; estaba desnudo, y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a mí”.

(Mt 25, 31)

Está escrito en latín y sobre un material efímero como es el yeso, un material barroco y de tan hondo contenido como una *vanitas*: material pobre para lanzar un mensaje de grandeza. Es el pórtico que da acceso a la iglesia y sobre el fiel cuelgan, como en un palio, las palabras del Evangelio de san Mateo. No es la primera reflexión en la iglesia, ni la primera lectura visual ideada por Miguel Mañara. Todo ha comenzado antes, delante del templo, ante la fachada de azules y blancos cerámicos...

Huele al río que lleva a las Américas, a grandezas y a miserias cotidianas. Es un río donde se ahogan personas que no saben nadar, algo habitual en este siglo barroco. Hace ya tiempo que una hermandad, con capilla dedicada a san Jorge, asiste a estos cuerpos que nadie quiere, como los condenados que se pudren al sol de esta tierra *“extremo de mundo pues en ella se juntan los dos extremos”*. Ese santo legendario está en los azulejos azules y blancos de la fachada, al igual que Santiago, el Apóstol de España. Miras los azulejos pisando la lápida de un apóstol de los pobres, Miguel Mañara, mientras el sol achicharra las escenas superiores: Fe, Esperanza y Caridad coronando el ático de un retablo cerámico que tiene como escoltas a los dos santos más sevillanos, Hermenegildo y Fernando.

Pasas al interior. Has pisado polvo, ceniza y corrupción en algunas lápidas de la entrada. Cenizas serán, como en el verso barroco, más tendrán sentido, polvo serán, pero lleno del amor de Dios por los pobres. Entrás a la iglesia. Un atrio te recuerda las palabras del Evangelio de san Mateo. Pero tu mirada está flanqueada por la mayor reflexión ante la muerte que vio el ojo humano.

A tu izquierda, la Muerte pisotea tu mundo. *In ictu Oculi*. En un golpe de vista. En un abrir y cerrar de ojos. Valdés Leal te grita que la vida es un segundo, un hilo que corta una parca que aquí es fea y huesuda, aunque tenga fuerzas para portar el ataúd de toda la creación. Adiós a

las glorias mundanas, a las vanidades del saber y del poder representadas en cetros, en coronas, en báculos, en condecoraciones, en títulos y en cargos. Adiós a la vanidad intelectual del conocimiento, a la arrogancia del mando. La luz de la vida se apaga en un golpe de vista, en el tiempo que tardas en cerrar los ojos. Respiras. Y miras a la derecha. El otro cuadro de Valdés es la continuación lógica de la primera reflexión: *Finis Gloriarum Mundi*. Las palabras de Mañara, quizás un protagonista de ese osario pestilente lleno de cucarachas, se hacen presentes en otra impactante obra. *“Primera verdad que ha de reinar que ha de reinar en nuestros corazones: polvo y ceniza, corrupción y gusanos, sepulcro y olvido. Todo se acaba: hoy somos y mañana no parecemos (...) Si consideras los viles gusanos que han de comer ese cuerpo y cuan feo y abominable ha de estar en la sepultura, y como esos ojos que están leyendo estas letras, han de ser comidos de la tierra, y esas manos han de ser comidas y secas y las sedas y galas que hoy tuviste se convertirán en una mortaja podrida, los ámbares en un hedor; tu hermosura y gentileza en gusanos...”* No es el mensaje de un final. Es el mensaje de un principio. Sobre los cuerpos descompuestos pintados por Valdés aparece la mano de Cristo que sostiene la balanza donde se pesan las obras que has hecho en tu vida. Todo cobra sentido. La Salvación comienza en la tierra. La Caridad son obras, no abstracciones. *“Misericordia quiero y no sacrificios”*. Te lo va a contar Murillo en las paredes del templo al que accedes.

Has superado la reflexión sobre la muerte. De Valdés Leal pasas a Murillo y a Pedro Rol-dán, Mañara sabía a quién encargar cada obra. Miras a un lado y *Cristo cura al paralítico*. Original en tierras de Londres, pero Murillo te sigue narrando el Evangelio:

“¿Quieres curarte?” Le respondió el enfermo: “Señor, no tengo a nadie que me meta en la piscina cuando se agita el agua. Cuando logro llegar, ya otro ha bajado antes que yo”. Jesús le dijo: “Levántate, toma tu camilla y anda”. Al momento el hombre quedó curado, tomó su camilla y se puso a andar. Aquel día era sábado. Por eso los judíos le dijeron al que había sido curado: “No te es lícito cargar tu camilla”. Pero él contestó: “El que me curó me dijo: ‘Toma tu camilla y anda’ “. Ellos le preguntaron: “¿Quién es el que te dijo: ‘Toma tu camilla y anda’?” Pero el que había sido curado no lo sabía, porque Jesús había desaparecido entre la muchedumbre. Más tarde lo encontró Jesús en el templo y le dijo: “Mira, ya quedaste sano. No peques más, no sea que te vaya a suceder algo peor”. Aquel hombre fue y les contó a los judíos que el que lo había curado era Jesús”.

Obra de misericordia que Mañara entendió como fundamental, el acompañamiento y la visita a los enfermos. Murillo te lo cuenta en una lección de vida, con un paralítico que no puede valerse por sí solo. Para eso están las manos de los demás. Sólo la mano de Jesús acaba curando, como las manos de los hermanos de la Caridad acaban atendiendo a los enfermos que están acogidos. Y el agua como fuente de vida. Se cumple en el cuadro lo anunciado por Jesús: *“El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva”* (Jn 7, 38).

El discurso sigue con el tema de la *Liberación de San Pedro*. El original se conserva ahora en San Petersburgo, pero la lección de Murillo sigue presente. Los prisioneros, como lo fue Pedro, necesitan el mensaje de la salvación, el cautivo necesita la acción misericordiosa de la redención.

“Y he aquí que se presentó un ángel del Señor; y una luz resplandeció en la cárcel; y tocando a Pedro en el costado, le despertó, diciendo: Levántate pronto. Y las cadenas se le cayeron de las manos. Le dijo el ángel: Cíñete, y dítate las sandalias. Y lo hizo así. Y le dijo: Envuélvete en tu manto, y sígueme. Y saliendo, le seguía; pero no sabía que era verdad lo que hacía el ángel, sino que pensaba que veía una visión. Habiendo pasado la primera y la segunda guardia, llegaron a la puerta de hierro que daba a la ciudad, la cual se les abrió por sí misma; y salidos, pasaron una calle, y luego el ángel se apartó de él. Entonces Pedro, volviendo en sí, dijo: Ahora entiendo verdaderamente que el Señor ha enviado su ángel, y me ha librado de la mano de Herodes, y de todo lo que el pueblo de los judíos esperaba” (He 12, 7-11).

Es Pedro el liberado por un ángel que le abre la puerta de la cárcel para volver a la libertad. Es la redención del cautivo ante unos soldados que duermen, un cuadro donde la luz es la libertad y la penumbra es la prisión, luz de la verdad y sombras para la injusticia.

En otro muro, *Abraham y los tres ángeles*, aquí y en las lejanas tierras de Ottawa donde acabó el original de Murillo, el lienzo que te recuerda la obligación de dar posada al peregrino. Una obligación física y espiritual, la posada puede ser techo y puede ser actitud. Y los tres ángeles, o tres peregrinos, pueden ser todo un anticipo de la Trinidad hecha cercanía:

“El Señor se manifestó a Abrahán junto a la encina de Mambré, cuando estaba sentado a la puerta de la tienda en lo más caluroso del día. 2 Abrahán alzó la vista y vio que tres hombres estaban de pie junto a él. Apenas los vio, corrió a su encuentro desde la puerta de la tienda y se postró en tierra diciendo:

—Mi Señor, si he hallado gracia a tus ojos, no pases sin detenerte junto a tu siervo. Haré que traigan un poco de agua para que os lavéis los pies, y descansaréis bajo el árbol; entretanto, traeré un trozo de pan para que reparéis vuestras fuerzas, y luego seguiréis adelante, pues por algo habéis pasado junto a vuestro siervo.

Contestaron:

—Sí, haz como has dicho.

Abrahán corrió a la tienda donde estaba Sara y le dijo:

—Date prisa, amasa tres semillas de flor de harina y haz unas tortas.

Él fue corriendo a la vacada, tomó un hermoso ternero recental y lo entregó a su siervo, que se dio prisa en prepararlo. Luego tomó cuajada, leche, y el ternero que había preparado, y lo sirvió ante ellos; y permaneció en pie a su lado, bajo el árbol, mientras ellos comían. Después, le preguntaron:

—¿Dónde está Sara, tu mujer?

Él contestó:

—Ahí en la tienda.

Y uno le dijo:

—Sin falta volveré a ti la próxima primavera, y Sara tu mujer habrá tenido un hijo.”

Murillo desarrolló aquí su juego cromático en las vestiduras de los tres ángeles. Colores que se complementan. Actitudes que se enlazan. El peregrino sin casa existía en el siglo XVII y el inmigrante necesitado de acogida sigue llamando a la puerta en el siglo XXI. Un mensaje de todos los tiempos en una pintura barroca. Y de pura vanguardia.

El retorno del hijo pródigo ya fue representado por otros autores en la historia del Arte. Rembrandt lo concentró como una luz entre sombras. Murillo, en la Caridad o en Washington, focaliza la atención en la diagonal de un abrazo. De rodillas, el hijo pródigo. De pie, el padre. Hasta un perro acompaña la escena. Hasta un niño conduciendo a un ternero nos llama la atención hacia el eje de la composición: el abrazo, la cercanía, el contraste entre la ropa harapienta del que renunció a su familia y las ricas telas del padre al que se regresa. Pies sucios y descalzados que contrastan con las manos abiertas del anciano. Y dos miradas en la misma diagonal:

“También dijo: Un hombre tenía dos hijos; y el menor de ellos dijo a su padre: Padre, dame la parte de los bienes que me corresponde; y les repartió los bienes. No muchos días después, juntándolo todo el hijo menor, se fue lejos a una provincia apartada;

y allí desperdició sus bienes viviendo perdidamente. Y cuando todo lo hubo malgastado, vino una gran hambre en aquella provincia, y comenzó a faltarle. Y fue y se arrimó a uno de los ciudadanos de aquella tierra, el cual le envió a su hacienda para que apacentase cerdos. Y deseaba llenar su vientre de las algarrobas que comían los cerdos, pero nadie le daba. Y volviendo en sí, dijo:

-¡Cuántos jornaleros en casa de mi padre tienen abundancia de pan, y yo aquí perezco de hambre! Me levantaré e iré a mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti. Ya no soy digno de ser llamado tu hijo; hazme como a uno de tus jornaleros.

Y levantándose, vino a su padre. Y cuando aún estaba lejos, lo vio su padre, y fue movido a misericordia, y corrió, y se echó sobre su cuello, y le besó. Y el hijo le dijo:

- Padre, he pecado contra el cielo y contra ti, y ya no soy digno de ser llamado tu hijo.

Pero el padre dijo a sus siervos:

-Sacad el mejor vestido, y vestidle; y poned un anillo en su mano, y calzado en sus pies. Y traed el becerro gordo y matadlo, y comamos y hagamos fiesta; porque este mi hijo muerto era, y ha revivido; se había perdido, y es hallado. Y comenzaron a regocijarse” (Lc 15, 11-24)

El mensaje es bien claro, se representa la obra de misericordia de vestir al desnudo, de dar ropa a quien no tiene. Otro mensaje de todos los tiempos, cubrir la desnudez, que puede ser física, pero también puede ser una falta de ropajes mentales que envuelvan la dignidad de cada persona, que preserven la intimidad y que permitan el decoro. Una obra de misericordia que forma parte de un mensaje superior, de un pilar de la historia de la Salvación, la de Dios Padre siempre dispuesto a acoger a sus hijos.

Cuatro cuadros en un formato. Piezas que fueron robadas por el invasor francés, un robo que acabó difundiendo un mensaje por el mundo. Siguen en su lugar San Juan de Dios asistiendo a los enfermos y Santa Isabel de Hungría asistiendo a los enfermos de tiña. Un cuadro que es una pirámide focalizada en el rostro de una reina santa que asiste a los pobres con sus propias manos. Otro mensaje de Mañana a los hermanos de la Santa Caridad, la cercanía con el acogido, la asistencia personal, el necesario contacto físico, la cercanía con la realidad. También está la propia visión del venerable Mañana en el rostro implorante del Cristo de la Caridad, la imagen de Jesús más descarnada y torturada de toda la Sevilla barroca.

Te acercas al presbiterio y dos lienzos monumentales resisten al paso del tiempo. Una enorme visión panorámica, dividida por una gran diagonal barroca, sirve a Murillo para ejemplificar una nueva obra de misericordia: dar de comer al hambriento. El tema elegido es *la multiplicación de los panes y los peces*:

“Cuando ya empezaba a atardecer, los discípulos se acercaron a Jesús y le dijeron:

—Éste es un lugar solitario, y se está haciendo tarde. Dile a la gente que se vaya a los pueblos y compre su comida.

Jesús les contestó:

—No tienen que irse. Denles ustedes de comer.

Los discípulos respondieron:

—Pero no tenemos más que cinco panes y dos pescados.

Jesús les dijo:

—Tráiganlos aquí.

Luego de ordenar que la gente se sentara sobre la hierba, Jesús tomó los cinco panes y los dos pescados, miró al cielo y dio gracias a Dios. Después partió los panes y se los dio a los discípulos, para que ellos los repartieran a la gente.²⁰ Todos comieron hasta quedar satisfechos. Y cuando los discípulos recogieron los pedazos que sobraron, llenaron doce canastas. Los que comieron fueron como cinco mil hombres, además de las mujeres y los niños.”

Murillo narra en un gran espacio las actitudes de los apóstoles, de la mirada complaciente a la incrédula, la de niños que se acercan confiados o la de unas multitudes que sirven como telón de fondo para asistir al milagro eucarístico: el hombre propone y Dios dispone. Hay que creer en el milagro. Todos comen cuando hay disponibilidad y cuando se ofrece lo que se tiene. Jesús hará que el se alimente el cuerpo, pero también el espíritu. El secreto está en creer en él. Murillo lo sienta en la Peña de un paisaje grisáceo lleno de la luz del milagro. Cristo bendice y el milagro se produce. *Dar de comer al hambriento* como otra obra de caridad pintada en un lienzo monumental.

Un lienzo que dialoga. Así se diría en los tiempos actuales, pero no hay nada que ya no inventara el pintor barroco. El diálogo tiene como contertulio al otro gran lienzo del muro opuesto, el elegido por el pintor sevillano para representar su sexta obra de caridad a partir de un tema bíblico. En este caso recurre al Antiguo Testamento para representar otra necesidad humana que soluciona la misericordia: la bebida para el sediento. *Moisés haciendo brotar el agua de la roca* es ahora el tema elegido:

“Por orden del Señor, toda la comunidad de Israel partió del desierto de Sinaí y anduvo de un lugar a otro. Finalmente acamparon, pero allí no había agua para que el pueblo bebiera. Así que el pueblo volvió a quejarse contra Moisés:

—¡Danos agua para beber! —reclamaron.

—¡Cállense! —respondió Moisés—. ¿Por qué se quejan contra mí? ¿Por qué ponen a prueba al Señor?

Pero ellos, atormentados por la sed, siguieron discutiendo con Moisés:

—¿Por qué nos sacaste de Egipto? ¿Quieres matarnos de sed a nosotros, a nuestros hijos y a nuestros animales?

Entonces, Moisés clamó al Señor:

—¿Qué hago con este pueblo? ¡Están a punto de apedrearme!

El Señor le dijo a Moisés:

—Pasa por delante del pueblo; toma tu vara, la que usaste para golpear las aguas del Nilo, y llama a algunos ancianos de Israel para que te acompañen. Yo me pararé frente a ti sobre la roca, en el monte Sinaí. Golpea la roca, y saldrá agua a chorros. Entonces el pueblo podrá beber.

Así que Moisés golpeó la roca como se le indicó, y el agua brotó a chorros a la vista de los ancianos.

Entonces Moisés llamó a aquel lugar Masá (que significa «prueba») y Meriba (que significa «discusión»), porque el pueblo de Israel discutió con Moisés y puso a prueba al Señor diciendo: «¿Está o no el Señor aquí con nosotros?» (Ex. 17: 1-7)

Murillo ha colocado un niño sobre un caballo que te introduce en la escena. Te mira. Te señala y señala al agua. Es la alegría de vivir del pintor sevillano que te invita a entrar en un cuadro donde todos beben. Es el Barroco que te hace partícipe del mismo cuadro, eres espectador y parte de la obra, eres pueblo de Israel que alcanza el agua que calma la sed, eres elegido que asiste al milagro de un Moisés que mira al cielo del que vienen todas las gracias. Un cuadro

donde se entrelazan las miradas, donde se agrupa la alegría de los personajes, donde se permite la sensual belleza femenina para explicar la cercanía a Dios. Un cuadro donde se define la última obra de misericordia que verás en pintura: *dar de beber al sediento*. Una llamada a socorrer a aquellos que tienes alrededor proporcionándole lo fundamental. El agua es la vida. Dios es camino, verdad y vida.

Seis obras de misericordia sobre lienzo.

La última es madera. Escenario. Engaño visual. Puro teatro. Síntesis de la vida. Principio y fin de todas las cosas. Mira al retablo mayor. Quizás el mejor retablo barroco que veas en tu vida. Columnas del templo de Salomón lo enmarcan. Un trabajo de los grandes genios de la talla en madera, Pedro Roldán y Bernardo Simón de Pineda. No hay madera sin policromía, que vuelve a aparecer Valdés Leal. San Jorge y San Roque escoltan a la última obra de misericordia ahora narrada en escenografía de madera:

“Al atardecer, llegó un hombre rico de Arimatea, llamado José, que también se había hecho discípulo de Jesús, y fue a ver a Pilato para pedirle el cuerpo de Jesús. Pilato ordenó que se lo entregaran. Entonces José tomó el cuerpo, lo envolvió en una sábana limpia y lo depositó en un sepulcro nuevo que se había hecho cavar en la roca. Después hizo rodar una gran piedra a la entrada del sepulcro, y se fue.

María Magdalena y la otra María estaban sentadas frente al sepulcro. A la mañana siguiente, es decir, después del día de la Preparación, los sumos sacerdotes y los fariseos se reunieron y se presentaron ante Pilato, diciéndole: «Señor, nosotros nos hemos acordado de que ese impostor, cuando aún vivía, dijo: «A los tres días resucitaré».

Ordena que el sepulcro sea custodiado hasta el tercer día, no sea que sus discípulos roben el cuerpo y luego digan al pueblo: «¡Ha resucitado!» Este último engaño sería peor que el primero». Pilato les respondió: «Ahí tienen la guardia, vayan y aseguren la vigilancia como lo crean conveniente». Ellos fueron y aseguraron la vigilancia del sepulcro, sellando la piedra y dejando allí la guardia”. (Mt 27, 57-66)

El cuerpo muerto de Cristo es el eje horizontal de la composición. María, el eje vertical. Los santos varones y las santa mujeres entrelazan sus miradas y lanzan diagonales de dolor. Muy cerca, una pesada losa está a punto de caer sobre el cuerpo del más Justo. Puro teatro barroco. Al fondo, mitad relieve, mitad pintura, el paisaje de la desolación de dos ladrones muertos. Un espacio amplio que se aumenta por la sensación de estar cobijado por una bóveda elíptica que no es tal: puro trampantojo desde el que unos querubines lanzan flores sobre la escena. Flores para sellar la postrera obra de misericordia: enterrar a los muertos, uno de los fines básicos de la hermandad de la Santa Caridad. Miras al ático, superadas las flores y allí se asientan las tres Virtudes Teologales: la Fe ante la Cruz, la Esperanza y su ancla de salvación y la Caridad con sus niños.

Obras de misericordia que no pueden terminar en la muerte. Prueba a dar la vuelta sobre ti mismo. Mira a tu espalda. Hacia el final de los cielos de yesería barroca. Sobre el pórtico en el que se inició tu recorrido está situado el mayor de los lienzos de la iglesia. Juan de Valdés Leal lanzó aquí el último de los mensajes. El Emperador Heraclio comprende el error de organizar un séquito lujoso y decide despojarse de sus ropajes para entrar en Jerusalén con la cruz de Cristo. A la Jerusalén Celeste se llega despojado de todas las glorias mundanas. Ligero de equipaje. Sacúdetes el polvo de las ropas y despójate de las sandalias. En el anochecer de la vida sólo te examinarán en el Amor. La mano llagada de Cristo sostendrá la balanza en la que pesarán las obras de caridad que has realizado a lo largo de tu vida.

No hay otra verdad. Fe, Esperanza y Caridad.

“¿Qué importa hermano que seas grande en el mundo si la muerte te ha de igualar con los pequeños?”